Brasil: "Estamos en un barril de pólvora"

GABRIEL BRITO :: 29/12/2019

Entrevista con Ruy Braga, sociólogo y autor de 'A política do precariado'

¿Cómo resumir el año 2019 en Brasil, con el surgimiento de un gobierno de ultraderecha que, a pesar de despertar un enorme repudio, logra avanzar en las reformas y colocar sus agendas, muchas de ellas moralistas, en el centro de la agenda política?

El primer año de este gobierno está marcado por el signo de la inestabilidad. Lo que la sociedad hereda del período de crisis desde 2015 hasta ahora, una combinación de crisis económica y política, que ha dado lugar a una profunda crisis social, no se ha estabilizado. Bolsonaro es una expresión del proceso de reproducción de una crisis que puede ser menos explícita, pero que está marcadamente presente en la vida de las personas, como la cuestión del empleo. Desde noviembre de 2017 hasta los últimos datos de empleo la tasa de desempleo general es estable, sin embargo, percibimos claramente un deterioro del mercado laboral brasileño. Más empleos informales en lugar de formales, un movimiento de inseguridad para las familias sometidas.

Esto significa que aún con este crecimiento del 1% anual se produce un deterioro de las condiciones generales de contratación, acompañado de un aumento de la concentración de los ingresos. El endeudamiento de las familias es otra consecuencia, gestionada a través de la liberación del FGTS (Fondo de Garantía del Tiempo de Servicio). Desde el punto de vista de las condiciones generales de la política, el hecho de que se trate de un nuevo gobierno ha permitido superar la situación de crisis política aguda del gobierno Miedo, corrupción, escándalos y muy baja popularidad. ¿Cómo se puede explicar esto? La decantación de la extrema derecha por parte de la sociedad brasileña, que encontró en Bolsonaro una forma de expresar sus resentimientos, neurosis y taras. En alguna medida esto mantiene su 30% de popularidad. Pero ya ha caído mucho después de la elección, aunque se ha estabilizado en este 30%, un número que no es de adhesión total, no es tan firme. El núcleo consistente de bolsonaristas es del 12% al 15%. Pero tiene un 30% de la sociedad dispuesta a apoyar a tal gobierno, lo que es mucha gente.

Esto incluye la crisis económica, la identificación del PT como la causa de la política económica, a través de la corrupción y también por el segundo mandato de Dilma, marcado por políticas que fracasaron y profundizaron la recesión. Pero hay otro componente: la aproximación de una parte de la población a la agenda conservadora, expresada en el enfoque pentecostal/evangélico. Hay un sector de la sociedad que garantizó su elección - el voto evangélico, en general - que marcó la diferencia entre Bolsonaro y Haddad. Es un hecho importante que debe ser estudiado: el desplazamiento del sector pentecostal/neopentecostal a la extrema derecha. Esto ya había sido indicado en otras investigaciones, pero ahora gana un volumen más sorprendente.

A pesar de la inestabilidad y la depresión económica, que no ha sido superada, se ha

producido un resurgimiento del juego de poder en torno al presidente y sus ministros más populares, como Sergio Moro, que ha garantizado unos resultados impresionantes en el primer año de gobierno.

Y en el espectro opuesto es de suponer algunos factores que también explican este aliento.

Desde el punto de vista de los movimientos sociales y de los partidos, está claro que todo el proceso que terminó con el destitución de Dilma -en cierto modo desde 2013, cuando se vio un nivel de actividad política muy intenso en todo el país, hasta 2017, el ápice de la inestabilidad del Miedo- fue golpeado duramente en 2018 con la detención de Lula, la imposibilidad de su candidatura, seguida de la victoria de Bolsonaro y el estancamiento de un proyecto progresista. El año 2019 estuvo marcado por estas condiciones, incluyendo la inseguridad económica, y terminó bajo la marca de la desmovilización social, motivada por el contexto de la derrota en 2018 y el agotamiento de las fuerzas políticas y también sociales, que venían desde 2013: fuerzas sindicales, populares urbanas, estudiantiles, feministas, LGBT, negras. Estos fueron duramente golpeados por la regresión de 2018. La pregunta es: ¿cómo explicar esta desmovilización? En mi opinión, se debe a la incapacidad de la izquierda para construir un proyecto alternativo al lulismo. Cuando se pone toda la energía en ganar una elección, tomada como último recurso para contener los avances de la derecha, y el candidato más fuerte es arrestado y excluido de la competencia, es muy claro que no hay proyectos alternativos al lulismo.

Tenemos una enorme fragmentación de la agenda de la izquierda, pero no hay una articulación entre todas ellas, lo que muestra la lulo-dependencia de la izquierda brasileña, y también el agotamiento de esta forma de hacer política, una fórmula muy centrada en la figura de un caudillo, un liderazgo. Por lo tanto, experimentamos esa desmovilización porque, por un lado, hubo una derrota política y, por otro, la incompetencia para crear un proyecto alternativo a lo que fue derrotado en 2018. Por eso nada se traduce en un endurecimiento de la lucha de clases en las calles, en los lugares de trabajo, y nos quedamos bajo el desconcierto generalizado.

Esto limita la posibilidad de hacer política sólo en el ámbito parlamentario. Tenemos mucho activismo partidario en los parlamentos, pero esto no está directamente relacionado con las movilizaciones en la calle.

Todavía en la extrema derecha, ¿cómo podemos entender este fenómeno cuando sabemos que el discurso moralista no se sostiene en la realidad, dado que los vínculos de Bolsonaro y su círculo con la corrupción e incluso la mafialización de la vida pública son de un conocimiento considerable y no exactamente refutado. ¿Cómo podemos entender la estabilización incluso ante la fragilidad de su moralidad?

Es el conservadurismo lo que hay que radiografiar. Cuando miramos la base social de este gobierno vemos con cierta claridad que hay un ala vinculada al ejército, históricamente conservadora y reaccionaria, que en muchos momentos de la historia se ha colocado a la vanguardia de la defensa de los intereses vinculados a la burguesía y las clases medias altas. No podemos negar eso. Incluso con una Reforma Previsional que ha llegado al fondo

de esta base, que ha golpeado un poco al gobierno, es notorio que el aparato represivo brasileño - agregando la policía - apoya al gobierno en forma mayoritaria. Tenemos un aparato represivo centralizado en el Estado, con una rígida disciplina, mando, organización interna, que favorece la estabilidad de este gobierno. Se trata de un primer elemento, junto con el cual debemos considerar también a la Policía Federal, que no carece de personal y cubre una parte sustancial del estado brasileño.

A ello se añade la adhesión de los estratos medios tradicionales a una reaccionaria agenda conservadora, sobre todo desde el punto de vista económico, donde el autoritario ultraneoliberalismo de Paulo Guedes tiene cierta popularidad. Son sectores que ganaron mucho en el período lulista, vivieron la crisis y se divorciaron definitivamente de cualquier agenda progresista, lo que se vio en buena medida desde la redemocratización.

Son parte de la población que tiene dinero invertido en el mercado financiero y se divorcian, en este caso, de los gobiernos progresistas más por sus méritos que por sus defectos, es decir, un aumento de los empleos con cartera de trabajo, la formalización de las trabajadoras domésticas, un intento de descentralizar los ingresos a través del trabajo...Estos sectores adhieren a una agenda autoritaria desde el punto de vista económico y esto tiene un efecto, ya que es un sector influyente que forma opinión, tiene acceso a los medios de comunicación, un cierto nivel de estudio. Por eso el gobierno es bien evaluado entre los de nivel superior.

El tercer elemento es la fuerte adhesión del empresariado brasileño a esta agenda ultraliberal, que consolida su liderazgo sobre los sectores medios y tradicionales del empresariado, siguiendo el ejemplo del FIESP (Federación de las Industrias del Estado de San Pablo). Y, finalmente, el gran elemento innovador es el apoyo popular a una agenda conservadora en las costumbres, lo cual no es tan nuevo en Brasil. Sin embargo, muestra una cierta tensión dentro de las clases subalternas, entre el pragmatismo vinculado a la reproducción de la vida cotidiana -salario, ingresos, empleo, seguridad- y una agenda conservadora desde el punto de vista de la costumbre. Así, la mayoría de los sectores evangélicos votaron por Lula y Dilma. Sin embargo, en el contexto de la crisis, estos sectores, que ya eran conservadores pero que hicieron concesiones frente al pragmatismo político, se apartaron por completo.

La ecuación del conservadurismo es: el aparato represivo reaccionario, que incluye al Poder Judicial, marcado por el avance de un cierto milenarismo jurídico, como si ese poder fuera a salvar al país; las clases medias que se adhieren al proyecto ultraliberal; el empresariado que se adhiere a la agenda de Paulo Guedes; y el sector popular vinculado a las iglesias pentecostales y neopentecostales, que se adhiere al gobierno, lo que se refleja en la popularidad de Damares [Damares Regina Alves, pastora evangélica, ultrareaccionaria, actual ministra de la Mujer, Familia y Derechos Humanos].

En cuanto a la izquierda y el campo progresista, hay quienes señalan el fin de un ciclo que tardará en ser reemplazado por otro, incluso por la continua hegemonía del lulismo, pero hay quienes apuntan a las revueltas populares en los países vecinos, fuera del control institucional -incluyendo la izquierda y las fuerzas progresistas institucionales. ¿Cómo podemos imaginar el futuro próximo, si

consideramos que el empeoramiento de las condiciones de vida de las mayorías es inequívoco?

La situación brasileña está sin duda marcada por la inestabilidad. No estamos en un momento de estabilización de las relaciones sociales de la producción capitalista, y mucho menos en el campo político. El suelo es muy movedizo. Cuando me refiero a la incapacidad de la izquierda para rearticularse, me refiero a los sectores hegemónicos de esta izquierda, en el sentido de crear un proyecto alternativo al lulismo.

El segundo punto, es que parece obvio que la respuesta a tales dilemas no la dará la izquierda institucional. Lo que puedo imaginar por el momento es algo muy similar a lo que vemos en América Latina: un gran conjunto de insurgencias populares urbanas, con características heterogéneas, con una escala masiva, sin un liderazgo claramente identificado y con una agenda para enfrentar la mercantilización radical de todos los sectores de la vida social, impulsada por el ultraneoliberalismo comandado por Paulo Guedes. El momento no es de paz eterna, sino de fuerte inestabilidad, que tiene que ver con la economía, la política, la sociedad, con la crisis general que se reproduce y no se supera.

En el futuro próximo, Brasil tendrá un nivel de confrontación más agudo con este modo de articulación de los diferentes movimientos de mercantilización, ya sea laboral, como se ve en el retroceso de la protección del empleo, de los derechos laborales, de la seguridad social; en la mercantilización de las tierras urbanas, con la segregación espacial, el aburguesamiento, la exacerbación de la represión de los sectores populares de las periferias; en la multiplicación de la tragedia de Paraisópolis, con la Policía Militar como punta de lanza de este proceso de represión/mercantilización; en la mercantilización de las tierras rurales, especialmente con el avance del agronegocio y la minería ilegal, incluso sobre reservas y tierras indígenas, y una amenaza al medio ambiente que aumenta y se hace cada día más irreversible.

Finalmente, toda esta mercantilización está profundamente vinculada al rentismo y a la financierización, a través del endeudamiento de las familias con los bancos y de la creciente concentración de los ingresos, que estimula el aumento de las deudas de las familias - que no cesa, sólo se profundiza, a pesar de haber sido mitigada por la liberación del FGTS, que a su vez tiene costo, límites, porque no será posible reproducirse indefinidamente...Todavía tenemos una mercantilización que se puede ver en la Reforma Previsional, en São Paulo.

Algo así podría provocar una revuelta general. No descartaría que este tipo de chispa viniera de lugares no imaginados, como el sector el ahorro, en la informalidad del trabajo, todo convergiendo en múltiples formas de mercantilización de la vida. Esto estimulará respuestas masivas y diversas. Y no tendremos respuestas sectoriales, como se ha visto en el pasado. Debemos ver algo muy similar al proceso chileno, con un descontento latente en la base de la sociedad, que se convierte en una insurgencia plebeya nacional contra el gobierno a partir del aumento del boleto en el metro en Santiago, como lo que se vio en Brasil en 2013 con el aumento del precios del transporte, las autopistas, los camioneros... Después de todo, ninguna de las razones de la huelga de camioneros de 2017 ha sido realmente superada o enfrentada por el actual gobierno, no importa cuán política e ideológicamente relacionadas estén. Estamos en un barril de pólvora.

Correio da Cidadania

_____

https://www.lahaine.org/mm_ss_mundo.php/brasil-estamos-en-un-barril